

EL HOMBRE, POETA Y LOCO

○

EL SENTIDO POETICO DEL HOMBRE⁽¹⁾

Por PEDRO CABA

I

BIOLOGIA Y BIOGRAFIA DEL HOMBRE.—¿Está el hombre dentro de la Naturaleza? No. Está en ella su soporte físico, la basa de su estatua natural. En el mundo, además de minerales, vegetales y animales, hay hombres. ¿Quién es este nuevo ser? Por de pronto es un ser vivo e incendiado como los demás que viven. Y como otro ser vivo cualquiera, nace, crece, pesa, envejece, se avería y se muere. Ese es el ser físico del hombre, su biología natural, el cimiento de su verdadero ser. Pero en el hombre, y esta es la gran novedad, hay además otra vida, no biológica sino biográfica; una vida que es también una llama, pero acerca de la cual no tenemos termómetros materiales que nos den sus grados térmicos. Y sin embargo todos hablamos de un «amor de fuego», un sentimiento o afecto «caluroso», una intención o una voluntad «fría». Aquí hay temperatura, pero otra temperatura, que empieza por no ser aproximadamente igual para todos los ejemplares de la misma especie, como ocurre con la temperatura de la vida orgánica, sino que de esta otra, cada uno, cada persona, tiene la suya personal.

Este nuevo ser que es el hombre, empieza por ser un disgustado con todo lo que de naturaleza pueda atribuírsele; se ve que trae la reminiscencia de otra vida, aquella «melancolía de rey destronado», que decía Pascal. Todo lo que vive en la naturaleza está a gusto con vivir, siente la «joie de vivre»; en esto tenía razón Rousseau; solo que él no sabía que el hombre no es *natural* ni ama la naturaleza. En el vegetal, como en el animal, hay la alegría de ser. La fragancia, el color, la gentileza de la planta, y la movilidad, el brinco, el retozo del animal son indicaciones de este júbilo que parece estar en la dirección de una conciencia del estar vivo, pero que no la alcanza. Cuando consideramos el hombre, vemos esta misma alegría *natural* en el niño. Pero a medida que el niño avanza hacia la madurez de hombre, la alegría de ser, se muda, no en tristeza, pero sí en gravedad, en ahondamiento de sí, en conciencia cóncava, en sentido de responsabilidad. El mismo anhelo de inmortalidad en el hombre, en todo hombre, dígallo o no, lo sepa o no lo sepa (el afán de éxito,

(1) Trabajo presentado a la primera Asamblea de Estudios Extremeños.

fama, gloria, consideración social; y el hambre de la otra inmortalidad, con la evidencia de su necesidad, y la necesidad de su evidencia) no es más que protesta contra la muerte espiritual. El hombre es el único animal que se rebela contra la muerte definitiva. Reconoce la muerte biológica, que es ineludible y puntual, pero busca la inmortalidad aceptando y aun buscando la muerte de su biología. Es lo que hacen el santo y el héroe, seguros de que así, muriendo físicamente, tomando la muerte biológica con menosprecio, hallarán la supervivencia metafísica, en la fama, en la gloria humana o en la inmortalidad escatológica. A medida que el hombre se encendra y ahonda, crece el desprecio por lo biológico. Por eso toda Moral de alguna altura, empieza exigiendo la renuncia a la satisfacción de las necesidades biológicas, de lo que está en los suburbios del hombre... Y por eso nos resistimos a imaginar en todo grande hombre, en todo «espíritu superior», las mismas necesidades y miserias fisiológicas que en los demás animales, o en los hombres inferiores. Algo profundo nos hiere saber que suda o ronca, y que ha de ceder a otras imposiciones corporales aún más prosaicas. Ya viene dirigido en ese sentido desde la eternidad. El hombre no adquiere y cumple sus fines porque desde fuera se los hayan impuesto, porque alguien le haya dado cuerda y funcione mecánicamente como las especies vegetales y animales, sino que inventa él sus propias, su dirección y sentido. La determinación toma aquí el sentido de ser el autor consciente de sus movimientos y decisiones, con el signo de la libertad. El hombre anhela, funda el futuro, es ingeniero de los propios fines y traza sus proyectos, los proyectos de ser y la maqueta de su futura personalidad, sintiéndose responsable de esa otra vida que no tiene y que ha de elaborarse él solito, con el aplauso o el reproche de los demás, como espectadores.

EL HOMBRE, LOCO FUNDAMENTAL.—Es la vida biográfica y espiritual, que está en pugna, a medida que aumenta en riqueza y profundidad, con la otra vida, la biológica o animal, que le sirve como de soporte o plinto. El hombre biográfico aguanta al biológico a regañadientes. Todo lo natural le ofende secretamente y quisiera cambiarlo, tomando ese aspecto de loco fundamental ante lo sensatísimo de los seres naturales. El hombre es un ser delirante... Quisiera no tener el peso bruto que tienen los demás seres y se ha inventado *otra gravedad*, la espiritual, la llamada seriedad meditativa o *gravedad* interior y la gravitación hacia el cielo, más las formas riquísimas de gravitación exterior, de gravitación existencial, que están por estudiar. Ya es bien sintomático que desde los primeros momentos de su historia, el hombre soñara siempre volar; el mito de Icaro es de los más viejos en la vida del hombre. Desde muy antiguo soñó contradecir la gravedad de los cuerpos y los seres amodorrados. Siente, como todo lo vivo, el impulso de conservación, pero los más altos seres humanos son los que se sacrifican voluntariamente, como las madres, como los santos, como los héroes... Siente el hombre, desde su base animal la llamada del instinto de reproducción, pero ordena ese instinto a altas finalidades o lucha

contra él y funda el celibato. No es solo que esta segunda vida o vida biográfica, pueda «decir al mundo que no», como dijo Husserl, sino que ya surge como una oposición a esa vida biológica que lleva en la base, según dijo Klages y reafirma Scheler, solo que este asevera que el espíritu es débil y toma su fuerza de los arrastres y la represión de lo vital, lo cual apenas tiene sentido, y Klages, por su parte supone en el concepto «espíritu» solamente *lo racional*, cuando lo espiritual debe identificarse con todo lo que caracteriza al hombre, de modo que lo espiritual es toda la otra vida del hombre que se distingue y opone a la biológica.

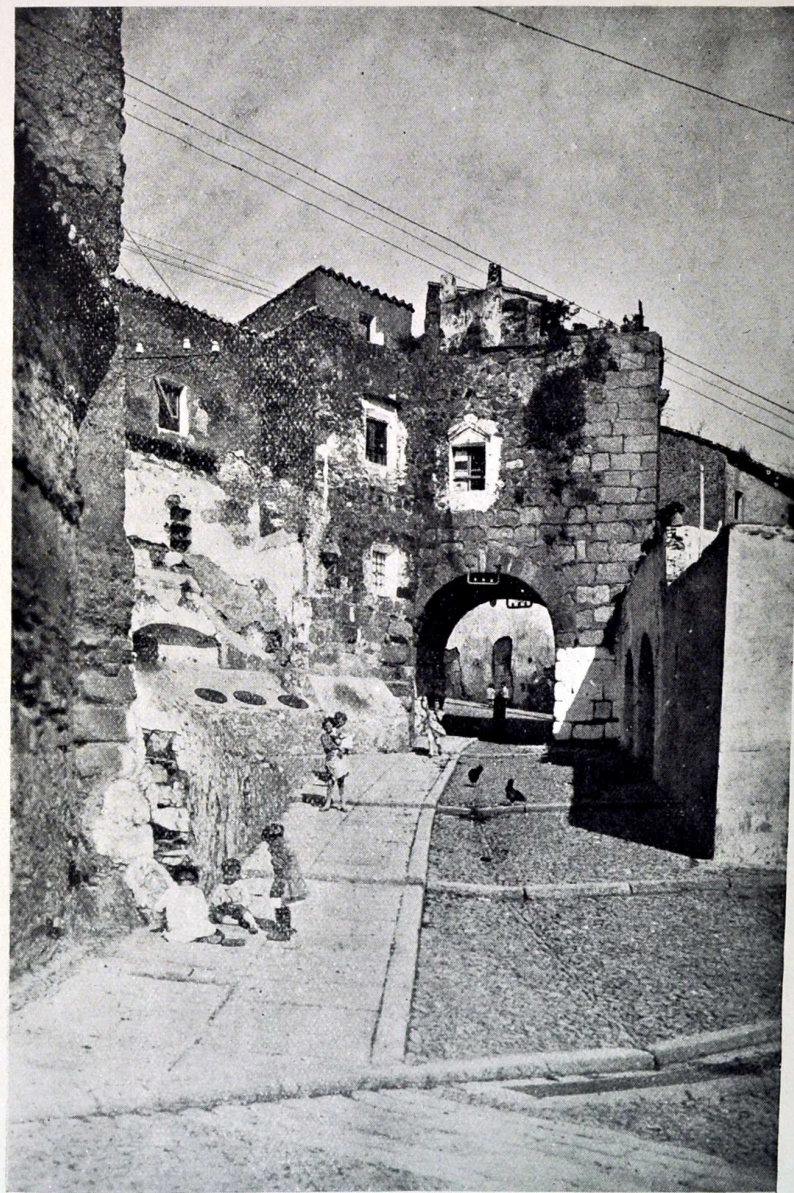
No solo el hombre niega o contradice esa vida biológica que lleva en el sótano, y le suena como el motor de su fabricación, sino que afirma otra la vida biográfica, que ya no le es dada sino que es él quien tiene que crearla, como viene repitiendo Ortega. Comprendemos que acepte a regañadientes su inserción en la realidad natural, que se sienta a disgusto con todo lo que parece naturaleza cruda... Frente a lo bruto de la naturaleza, él opone la vida aderezada, la vida biográfica de la Historia; frente a la vida amodorrada, la vida consciente, la cultura viva. Y esta oposición a la realidad de la naturaleza brota en toda actitud esencial del hombre. Este no puede negar que tiene un cuerpo físico, y que como cosa y biología, pesa, crece, decae, se reproduce y envejece, sin que su voluntad creadora pueda impedirlo. No puede negar que de su contacto con la fisiología, tiene resabios, tendencias, impulsos, instintos, unos manantios endocrinos que contribuyen al trazado de su escultura, a su talla corporal, a su fisonomía, a la entonación, al temple y el sesgo de su temperamento y su carácter... Todo esto lo sabe y, en el fondo, le disgusta... Quisiera dominarlo también y poder reinventarlo, como reinventa o corrige, casi creador, todo lo que encuentra en la naturaleza. Cruza las especies vegetales y animales en busca de razas y variedades inéditas, prefiriendo siempre el animal curioso y, a ser posible, nuevo, como prefiere la flor rara y exquisita obtenida por cruces y selección. Y cuando no puede obtener ejemplares nuevos o raros, coge los frutos naturales, las piezas orgánicas de lo animal y los guisa; el caso es cambiar lo que encuentra en la naturaleza. Y lo mismo cambia el campo en paisaje (*o estado de su alma*) y hace del tiempo y el espacio nuevos, falsos artísticos. Este es el *impulso poético del hombre*, su ademán espontáneo de fundador, de casi creador, de contagiado de lo divino. Es lo que da origen a toda manufactura, a toda actitud fabril, a todo arte, toda técnica, toda forma de poesía. El «homo de faber» es «zoón poetikós». Cuando se encuentra con su propio cuerpo, procura corregirlo o reinventarlo, y lo adereza, pule, oculta y disfraza, por medio del traje, del adorno de las artes suntuarias. Y por la Higiene, por los deportes, por el arte cosmética, logra dar a su cuerpo nuevo aspecto e inédita expresión, que procura realizar por medio de la mímica, el lenguaje, el arte, etc. No solamente el hombre es el animal locuaz, sino también el único que guisa y el único que se viste, buscando la invención de un cuerpo físico nuevo. En cuanto se encuentra a sí

mismo con las cosas del mundo, está o intenta estar *sobre* ellas como su casi creador, como el coadjutor de lo divino. Y antes de toda actividad práctica, el hombre se distingue por no ver, por no querer ver, las cosas en su estado natural, para lo cual no solamente usa los lentes que se hace cabalgar sobre la arista de la nariz, sino que también, por dentro, lleva puestas las gafas de las Ideas. Una rápida descripción del hombre (no su definición) diría: es un poeta, un loco fundamental, que está a disgusto con la naturaleza y la realidad, porque quiere crear otras; es el único que guisa, que se viste y manufactura; es el único que usa gafas, que viene al mundo con las gafas puestas.

Y su primera misión, la fundamental es crearse, inventarse a sí mismo, e inventar a los demás. Ortega ha dicho que el hombre es «novelista de sí mismo»; más aun es también el novelista de los demás. No solo tiene que hacerse su vida, su existencia a pulso, sosteniéndose a sí mismo como en vilo, flotando sobre el vacío y alimentándose de ese incomprensible, finísimo gas que es el futuro, el dulcísimo gas nutricio del espíritu, sino que además, cada hombre forja su vida sosteniéndose en el inconcebible apoyo de estas otras vidas de hombres, de otros espíritus, que también empieza por inventar. En cuanto un hombre entre en relación con otro hombre por primera vez, empieza por inventarlo, evaporando su realidad natural o física, y mitificando su presunta realidad espiritual. El hombre tiene hambre de otros hombres; no es más que el espíritu que anda nostálgico en busca de espíritu. Cuanto él dicta es distinto y aun opuesto a todo lo natural; la Historia es la antinaturaleza; la Moral, el Derecho, cohiben, discuten y contradicen todos los impulsos naturales; la misma Ciencia que tiene épocas históricas en que parece seguir los pasos de la Naturaleza y aun imitarla, busca en el fondo su corrección, su domesticación, y su sujeción y abstracción en paquetes de leyes y conceptos. Estimamos hombre máximo al que sabe dominar sus impulsos primordiales dándoles un sentimiento inverso; al que siente erotismo y se mantiene voluntariamente casto; al que tiene hambre y sed y se contiene sobrio y asceta; al que teme a la muerte y al dolor y se entrega heroicamente a ellos...

Nada del mundo físico le parece al hombre bien, tal y como se presenta. A todos nos repugna—repito—que el hombre grande, el genio, el santo, el héroe, coma y use calcetines como los demás, y sepa que le crecen las uñas como a un animalejo cualquiera. Todos ocultamos las funciones fisiológicas naturales como una vergüenza o una indignidad. Pero si nos disgusta lo natural, en cambio, todo lo que el hombre ha hecho, todo lo que ha sido rozado por él, reinventado por él, nos atrae y embriaga... Dondequiera que sospechamos el paso, la huella, el rumor de un hombre, en un palimpsesto, en la inscripción de una piedra, en un objeto doméstico, en un escudo, en un rollo de papel, no vemos la materialidad de la piedra, del pergamino o del objeto, sino el espíritu que allí posó y puso los huevos de sus sueños, y allí nos sentimos sorbidos y engolosinados. Y a su vez, el que allí escribió, o imprimió su paso o elaboró el

utensilio, lo hizo pensando en el hombre. El explorador, el investigador que avanza por la naturaleza intacta, o es que busca rumores de hombres remotos e incógnitos que por allí pasaron, o los que ansía dejar su sandalia impresa para que otros que vengan, beban su recuerdo y reempalmen, con él, su iniciativa... El hombre busca en todo al hombre; lo mismo en el pasado que en el futuro o en el presente. Cuando el hombre en la Historia se echa a investigar sobre la Naturaleza, es que está dando un rodeo para encontrar al hombre. Si salimos al campo y nos complacemos con el paisaje es porque allí vemos trasumir el resplandor del Espíritu, porque tras sus bastidores barruntamos a Dios; o por lo menos, porque ese paisaje es naturaleza adobada con siglos de arte y literatura, hasta resultar que es «un estado de alma». A fuerza de arte y técnica, hemos logrado que la Naturaleza nos guste, pero es ya Naturaleza inventada, recreada, poetizada por el hombre. Hablamos de la «madre» Naturaleza, de la «providente» Naturaleza, de la «sabia» Naturaleza, con cuyos adjetivos damos a entender que ya no es precisamente «Naturaleza», sino Historia disimulada y personificada. Y así, aderezando la realidad, hemos conseguido que nos gusten los caracoles, la cerveza amarga, el queso fermentado, los paisajes en ruinas, el cactus espinoso, los jardines abandonados y las selvas revueltas... En todo, el hombre busca al hombre. Y lo busca tanto más ávidamente cuanto más envuelto en misterio lo sospecha, sintiendo que así le excita su capacidad de novelista, su potencial de poeta. Acaso el hombre pasa distraído ante su vecino el comandante o el cobrador de tranvías, pero si un día se pregunta: ¿Quién es este hombre? ¿qué le pasa?, es que está empezando a inventarlo y ha quedado prendido, de algún artístico modo, en aquella otra existencia. Lo que hacía que su vecino quedara oculto a sus ojos, era precisamente su volumen físico, que sirve para anunciar que *alguien* viaja dentro, pero que no siempre logra excitar la atención transeunte. Por eso, se prende más pronto, al interés de los hombres que pasan, el hombre ya tocado, inventado por otro, por ejemplo, el pintor; y mucho más, si el artista nos lo presenta ya sin figura corporal, como en el personaje de novela o de teatro. Y lo mismo nos acaece con el paisaje urbano de la glorieta o con los árboles de nuestro paseo diario: nos complacen más cuando ya han sido visitados o considerados por el hombre, por el artista y los volvemos a ver en el cuadro del pintor, que no es naturaleza muerta sino historia viva. Nos gusta el cuadro por lo que tiene de irrealidad, de otra realidad inventada por el hombre.



ALBUM EXTREMEÑO: Arco del Cristo, de Cáceres. (Foto Javier)